

sos que quedaban atras; y por último, dirigió á Murat con el grueso de la caballería hacia el camino derecho que vá de Wehlau á Tilsit, mandando que le siguiesen inmediatamente los cuerpos de Mortier, Lannes, Victor y Ney; además de que el cuerpo de Davout debia reunirse en caso necesario con el ejército, para lo cual solo tenia que andar una jornada. De este modo podia Napoleon destruir completamente á los rusos, si tenían la pretension de volverse á parar para combatir de nuevo; pero al mismo tiempo envió hácia la derecha dos mil soldados de caballería ligera, húsares y cazadores, para que subiesen el rio Pregel, y cortasen el paso á cuantos se retirasen por aquel lado, ya fuesen heridos, ya enfermos, ya rezagados, ó ya en fin convoyes.

Gracias á estas acertadas disposiciones, cogimos todavía varios miles de prisioneros, y diversos convoyes de víveres, pero no se nos proporcionó ocasion de poder dar otra batalla al enemigo; pues deseoso de refugiarse detrás del Niemen, se dió tal prisa que llegó á él el 18, lo acabó de pasar el 19, y destruyó á lo lejos todos los medios que servian de pasage. El mismo dia 19 nuestros esploradores persiguieron á algunas tropas de kalmucos armados con flechas, lo cual divirtió mucho á nuestros soldados como poco acostumbrados á habérselas con aquella clase de enemigos, y llegaron hasta el Niemen, viendo al ejército ruso acampado á la otra parte del rio, detrás de aquel baluarte del imperio que tanto ansiaba alcanzar.

Allí debia terminar la atrevida marcha del ejército francés, que habiendo salido del campamento de Boloña en setiembre de 1805, habia re-

corrido la mayor parte del continente en su extension, y vencido en veinte meses á todos los ejércitos europeos. Al fin iba á detenerse el moderno Alejandro, no porque sus soldados estuviesen cansados, pues estaban prontos á seguirle á donde quiera que los condujese, sino porque sus enemigos no podian tenerse en pie, eran incapaces de resistir por mas tiempo, y se veian obligados á pedirle la paz que tuvieron la imprudencia de no querer unos cuantos dias antes.

El rey de Prusia dejó en Memel á la reina su esposa, instigadora aunque afligida ya, de aquella guerra funesta, y fué á reunirse con el emperador Alejandro en las orillas del Niemen. Aunque el modesto Federico Guillermo no participaba de las insensatas ilusiones que su jóven aliado formó de resultas de la batalla de Eylau, se dejó llevar no obstante por él hasta rehusar la paz, y preveia ahora iba á pagar la negativa con la pérdida de la mayor parte de sus estados. Alejandro estaba tan abatido como al dia siguiente de la batalla de Austerlitz, y echaba la culpa de los últimos sucesos al general Benningsen, quien habia prometido lo que no podia cumplir, no sintiéndose tampoco con fuerzas para continuar la guerra. Por otra parte, su ejército pedia la paz á voz en grito, pues aunque no estaba descontento de sí mismo, porque conocia se habia portado bien en Heilsberga y Friedland, no se creia capaz de resistir al ejército de Napoleon, reunido enteramente desde la toma de Königsberg, reforzado con Massena, que acababa de rechazar hácia Durczewo al cuerpo de Tolstoy, y que podia oponer ciento setenta mil hombres á los setenta mil ru-

sos y prusianos existentes aun. Asi es que preguntaba por quién se luchaba con las armas en la mano; si era por los prusianos que no sabian defender su país, ó por los ingleses que despues que habian anunciado tantas veces enviarian socorros, no enviaban ninguno, y solo pensaban en conquistar colonias. El desden con que miraban á los prusianos era injusto, pues en los últimos tiempos se portaron con valor, haciendo cuanto podia esperarse de su escaso número; pero á bien que los prusianos se quejaban de la barbarie, ignorancia y asoladora ferocidad de los soldados rusos. Lo único en que unos y otros estaban de acuerdo era acerca de los ingleses; y efectivamente estos hubieran podido, desembarcando en Stralsund ó Dantzig, llevar un socorro utilísimo, y tal vez variar ó allojar la marcha de los sucesos; pero lo único en que se mostraron activos fué en enviar expediciones á las colonias españolas, y aun los subsidios que á falta de ejércitos, constituian su única cooperacion, los regatearon hasta el extremo de que se disgustó el rey de Suecia, mirando con frialdad la guerra. En medio de la desgracia es un alivio poder quejarse, y lo que es en aquel momento, rusos y prusianos descargaban su mal humor contra el gabinete británico, diciendo en alta voz, los oficiales rusos especialmente, que por causa de los ingleses y su miserable ambicion, se estaban batiendo hombres valientes que no tenian ningun motivo para aborrecerse, ni aun para mirarse con envidia, puesto que nada podian envidiarse Rusia y Francia.

Los dos monarcas vencidos participaban del recator que sus soldados abrigaban contra Ingla-

terra, y conocian mejor que ellos lo necesario que era separarse de ella, y conseguir inmediatamente la paz. El rey de Prusia que fué el primero que la deseó, y que preveia cuanto iba á costarle haberla retardado, era de parecer sin quejarse, que debia pedirsele á Napoleon, y dejó que el emperador de Austria la negociase, creyendo que como su amigo fué el único que quiso se prolongase la guerra, le defenderia en las negociaciones, mejor que lo habia hecho en el campo de batalla. Convinose, pues, en que se propondria una tregua, y que despues de conseguida, trataria Alejandro de tener una entrevista con Napoleon, pues como se sabia por esperiencia cuánto le gustaba que los soberanos enemigos le agasajasen, y lo propicio que se mostraba al dia siguiente de haber conseguido una victoria á transigir, acordándose ambos soberanos de lo que el emperador Francisco logró de él en el vivac de Urschitz, esperaban podrian obtener una paz menos onerosa que lo que era de temer, si no con respecto á Rusia, porque lo único que tenia que perder era consideracion, á lo menos tocante á Prusia, cuyo reino estaba en manos del vencedor.

En consecuencia, el 19 de junio envió el príncipe Bagration á Murat que se hallaba en los puestos avanzados, una carta que le habia escrito el general en gefe Benningsen, y en que deplorando éste las desgracias de la guerra, ofrecia una tregua como medio de ponerles término. Dicha carta fué entregada á Napoleon que llegaba en aquel momento á Tilsit, y la recibió muy bien, porque ya hemos dicho que empezaba á conocer cuanto agravaban las distancias, las dificultades

de las operaciones militares; y como hacia cerca de un año que se hallaba tan distante del centro de su imperio, conocia lo necesario que era volverse á él, sobre todo para reunir el Cuerpo legislativo, cuya convocacion habia retardado, por que no queria se reuniese estando él ausente. Por último, estaba enterado de lo que se hablaba en el ejército ruso, y se inclinaba á pensar que tal vez encontraria en Rusia el aliado que necesitaba para cerrar el continente á Inglaterra.

Contestó, pues, en términos amistosos, diciendo que despues de tantos trabajos, fatigas y victorias, no deseaba otra cosa sino una paz estable y honrosa, y si aquella tregua era el medio de conseguirlo, estaba pronto á consentir en ella. A consecuencia de esta contestacion, se trasladó á Tilsit el príncipe de Labanoff, vió á Napoleon, le manifestó las disposiciones que abrigaban cuantos rodeaban á Alejandro, y despues que vió que tambien deseaban la paz los franceses, aunque no tanto por necesidad, convino en una tregua. Napoleon queria se le entregasen las plazas prusianas de Pomerania y Polonia que aun conservaban, como por ejemplo, Colberga, Pillau y Graudenz; pero era preciso para ello que diese su consentimiento el rey de Prusia, ausente á la sazón del cuartel general ruso, y que debia resistirse á abandonar aquellas plazas, que eran las únicas que le quedaban. Estipulóse, pues, una tregua particular entre los ejércitos francés y ruso, que firmaron el 22 de junio el príncipe de Labanoff y el de Neuchatel, y fué llevada al cuartel general de Alejandro, para que la ratificase, como la ratificó inmediatamente.

El mariscal Kalkreuth se presentó en seguida para tratar en nombre del ejército prusiano, y Napoleon le recibió con suma urbanidad, diciéndole era el único militar distinguido, y sobre todo atento de todos los de su nacion, que habia tratado bien á los prisioneros franceses que la suerte ponía en sus manos; y concedió una suspension de armas sin exigir la entrega de las plazas prusianas. Era una prueba de generosidad el dejarlas en poder de Prusia, aunque es verdad que no debia inquietarse por ello el ejército francés, demasado sólidamente establecido en el Vistula por medio de Varsovia, Thorn y Dantzic, y en el Pregel por medio de Königsberg y Vehlau, para que tuviese que temer nada de unos puntos como Colberga, Pillau y Graudenz. Firmóse, pues, la tregua con el mariscal Kalkreuth, como ya lo habia sido con el príncipe de Labanoff, y se convino en que la demarcacion que separase á los ejércitos beligerantes, fuese el rio Niemen hasta Grodno; luego volviendo atrás por la derecha, el Bober hasta el punto en que desagua el Narew y por último el mismo Narew hasta Pultusk y Varsovia.

Como nunca se cansaba Napoleon de tener vigilancia, se organizó detrás de aquella línea como si fuera á empezar pronto la guerra y llevarla al centro del imperio ruso, aproximando hácia sí el cuerpo de Massena y situándolo en Bialistock, reuniendo los polacos de Dombrowski y Zayonschek en un solo cuerpo de diez mil hombres que debia ligar á Massena con Ney, colocando á éste en Gumbinen sobre el Pregel, reuniendo en Tilsit á los mariscales Mortier, Lannes, Bernadotte y Davout, la caballería y la guardia, dejando al maris-

cal Soult en Königsberg, mandando preparar en Vehlau un campo atrincherado para concentrarse en él con todo su ejército en caso necesario, dando órdenes en Dantzig y Königsberg para sacar parte de las inmensas provisiones que había en aquellas plazas, y trasladarlas al Niemen, y por último, disponiendo que el general Clarke que se hallaba en Berlin, y el mariscal Kellermann en Maguncia, continuasen dirigiendo los regimientos de marcha hácia el Vístula, lo mismo que si no se hubiese interrumpido la guerra. De las diferentes medidas que tomó para aumentar sus fuerzas en la primavera, solo suspendió una, cual fué el llamar á las armas á la conscripcion de 1808, pues quiso que unida esta noticia á la de sus triunfos, se alegrase Francia doblemente, aplaudiendo sus victorias.

Preparado Napoleon de aquel modo respetable, esperó á que se diese principio á las negociaciones, nosin invitar á Mr. de Talleyrand, que habia ido á buscar en Dantzig un poco de seguridad y reposo, á que fuese inmediatamente á Tilsit, para ayudarle con su astucia y su paciente habilidad. Luego, segun lo tenia de costumbre, dirigió á su ejército una proclama en que resaltaba al mismo tiempo que la grandeza de su alma, la magnitud de las circunstancias. Dicha proclama decia así.

«Soldados,

«El día 5 de junio nos atacó el ejército ruso en nuestros cantones, creyendo que nuestra inacción nacía de otras causas; pero aunque demasia-

do tarde ha conocido que nuestro reposo era como el del leon, y se arrepiente de haberlo turbado.

«En los combates de Guttstadt y Heilsberga, en el siempre memorable de Friedland, en 10 dias de campaña, en fin, hemos cogido ciento veinte piezas de artilleria, siete banderas, muerto, herido ó hecho prisioneros á sesenta mil rusos, y arrebatado al ejército enemigo todas sus provisiones, hospitales, asilos de enfermos, como los de la sangre, la plaza de Königsberg, trescientas embarcaciones que habia en este puerto, cargadas de toda clase de municiones, y ciento sesenta mil fusiles que enviaba Inglaterra para que nuestros enemigos se armasen.

«De las orillas del Vístula hemos llegado á las del Niemen ligeros como una águila, y así como celebrásteis en Austerlitz el aniversario de mi coronacion, este año habeis celebrado de un modo digno el de la batalla de Marengo, que puso fin á la guerra de la segunda coalicion.

«Franceses, os habeis mostrado dignos de vosotros mismos y de mí que os mando: ahora regresareis á Francia cubiertos de laureles y despues de haber conseguido una paz gloriosa que lleve consigo la garantia de su duracion, porque ya es tiempo de que nuestra patria viva tranquila al abrigo de la maligna influencia de Inglaterra. Los beneficios que pienso hacer por vosotros os probará cuanta es mi gratitud, y hasta donde se estiende el cariño que os profeso.

«En el campamento imperial de Tilsit á 22 de junio de 1807.»

Los dos soberanos vencidos tenian aun mas prisa que Napoleon por dar principio á las nego-